

## ANUNCIOS CLASIFICADOS

Eduardo era consciente de que estaba siendo el centro de atención en la redacción del periódico. El silencio repentino al llegar a su escritorio, los cuchicheos velados y algunas risas mal disimuladas se lo confirmaban. Por eso no se atrevía aún a levantar la mirada de aquellos papeles ultrajantes que cubrían su mesa de trabajo. Sabía que, si lo hacía, se toparía con las miradas huidizas de sus compañeros, tamizadas por un cedazo burlesco. Solo cuando irrumpió a lo lejos la voz de Cruceiro dando indicaciones a algún redactor y lo supo luego en su perenne posición sedente, agarró con rabia contenida los papeles, se dirigió con temperamento al puesto de Cruceiro y los estampó sonoramente y arrugados sobre la mesa del jefe de redacción.

—Qué coño es esto —le espetó sin más preámbulos.

José Cruceiro, cachazudo, emitió un resoplido de fatiga y luego, con la misma parsimonia, levantó la mirada hacia el recién llegado.

—Lo primero, dirígete a mí con más respeto, que para eso soy el jefe de redacción. Y baja la voz. ¿Estamos? Esto no ha sido idea mía, sino de tu señor tío. Pídele cuentas a él. Como nadie te daba trabajo, corregirás los anuncios clasificados; esas son las indicaciones. Al fin y al cabo, también aparecen en nuestras páginas, y hasta en eso conviene ser pulcros. Seguro que estás entretenido. Los anunciantes no se cuidan mucho de esmerarse con la ortografía.

—¿Pulcritud? —gritó Eduardo. Miró a su alrededor sabedor de la expectación que estaba creando y, a continuación, bajó el volumen en un susurro irritado—. ¿Pulcritud? ¿En los anuncios de putas? ¿Me estás hablando en serio? Vamos a ver... —y Eduardo cogió los papeles y se puso a buscar con avidez entre los anuncios de contactos—. Este, por ejemplo: Me llamo Bianka y te espero recién duchadita en mi piso privado para que me comas todo lo que quieras. Disfrutaremos con griego profundo, francés hasta el final tragado, lluvia dorada, lésbicos y tríos. —Eduardo había vuelto a subir la voz—. ¿Qué hostias corrijo de esto, Cruceiro? Pongo, tal vez: Bianka, higiénica, políglota y poeta, te espera en su piso privado para compartir contigo o con otras personas una buena cena. —Eduardo lo había soltado del tirón—. O este otro, espera...

—Eduardo, ya está bien, no hace falta que...

—No, no —interrumpió Eduardo—; este otro, mira —y puso el dedo índice sobre un nuevo anuncio antes de leer, ya sin remilgos en su volumen—: Hola, mis amores, soy Francesca, te recibo en lencería y tacones, practico diferentes posturas, aunque mi preferida es el 69, admito anal y garganta profunda, tengo docenas de juguetes, entre ellos el arnés, y podemos hacer fiesta blanca. ¿Qué te parece este, Cruceiro? Podríamos decir... yo qué sé: Francesca, acalorada seguidora del Real Madrid, aficionada a la aritmética y al montañismo, te invita a jugar al Tragabolas. ¿Te parece lo suficientemente pulcro, Cruceiro? O este otro...

—¡Que pares ya, cojones! —concluyó Tatanka Iyotanka, como si se le hubiera despertado, de pronto, el espíritu autoritario de jefe *síoux*.

—No pienso hacer esta mierda, tenlo claro.

—Y yo te repito que lo hables con tu tío. Además, no todos los anuncios son de contactos eróticos.

—De putas, Cruceiro, de putas.

—Pues de putas, me da igual como quieras llamarlos. Pero los hay también de ofertas y demandas de empleo, de ventas, de servicios... Habla con tu tío —se interrumpió Cruceiro al notar la mirada colérica de Eduardo.

—Por supuesto.

Y sin decir más, abandonando con desprecio los papeles sobre la mesa de Cruceiro, se dirigió con paso airado hacia las escaleras que llevaban al despacho de don Julián, a pesar de que existía en la planta un ascensor que conducía al piso de arriba. Sus zancadas expeditivas levantaban a su camino, entre las mesas de los compañeros, una corriente que dejaba, junto al olor dulzón de su colonia, la exhalación de su enojo para chanza de los redactores. Subió las escaleras metálicas de caracol, impulsándose en cada recodo sobre la baranda para ganar empuje en su furiosa carrera. Cuando accedió al piso superior, se encontró de frente, al fondo del pequeño vestíbulo y a la izquierda de la puerta del despacho de don Julián, a una muchacha joven sentada a su mesa que se lo quedó mirando con una sonrisa de cortesía. Parecía hacer las veces de secretaria, pero Eduardo no recordaba haberla visto el día de la primera entrevista con su tío. Eduardo avanzó con el brío repentinamente menguado y, haciendo un esfuerzo por corregir su estado de alteración, caminó hasta la altura de la mesa. La muchacha, sin perder nunca la sonrisa, asintió interrogante con un leve movimiento de cabeza.

—Quisiera ver a mi... al señor director.

—Don Julián no está hoy en su despacho. —La voz de la joven logró, todavía más, apaciguar el ímpetu de Eduardo, del

que solo restaba ya un ligero jadeo. Eduardo pensó que no había escuchado jamás en su vida un timbre tan perfecto, tan armónico, tan sereno y primaveral como el de aquella voz. Luego supo que quizá exageraba—. Se halla en un ciclo de conferencias en Madrid, invitado por el Consorcio Nacional de Periodistas. Llevo varias semanas ayudándolo a preparar su ponencia.

A Eduardo no le pasó desapercibido la distinción en el uso del verbo «se halla». Deformación profesional de su cargo como corrector de ortografía y estilo.

—Y, ¿cuándo estará de vuelta?

—A ver. Déjeme mirar...

La chica extrajo de un cajón un cuaderno que debía de usar como agenda y empezó a buscar entre sus páginas. Durante sus pesquisas, Eduardo miraba con discreción a la secretaria y su espacio de trabajo. Su pelo castaño, muy largo, estaba recogido en la parte derecha y le caía como una cascada de tierra labrantía sobre esa parte del cuello, ocultando uno de los senos. No era ni rizado ni liso, sino caprichosamente undoso. Su tez era clara, sin llegar a pálida, y sus ojos castaños estaban custodiados por unas luengas pestañas que acentuaban su holgada gracilidad en la posición que ahora ocupaban. La nariz era graciosa y pequeña, y de la única oreja que quedaba a la vista, fina y proporcionada, pendían unos zarcillos de ámbar. Los labios eran grosezuelos y, según el criterio de Eduardo, en exceso pintados de rojo. El cuello, delicado y femenino, flanqueado por un escote Peter Pan negro, apenas deslucía su esbeltez en el escorzo que la búsqueda en la agenda le obligaba a adoptar. Vestía una blusa blanca, calada con motivos florales, a través de cuya urdimbre se adivinaba una camiseta interior blanca de tiran-

tes que apenas dibujaba su pecho. ¿Cómo serían sus piernas? La mesa de trabajo parecía un remedo de toda ella. Madera ligeramente cobriza, montoncitos de papeles agrupados con rigor, unas margaritas níveas sobre un vaso adornado con una tela tramada, también blanca, y un perfume primoroso y cautivador que lo inundaba todo, como a jazmín. Todo allí parecía un ara primaveral de paz y pureza donde reinaba inocente aquella diosa nutricia o vestal intocable, reducida al servilismo burocrático de un dietario. En un extremo de la mesa le sorprendió a Eduardo la presencia de un libro abierto, volcado sobre sus páginas, cuyas cubiertas delataban el título. Se trataba de *El extraño caso del Dr. Jeekyll y Mr. Hyde*, y el tejuelo con la signatura correspondiente pegado al lomo revelaba que había sido extraído de la biblioteca municipal. La posición del libro daba a entender que la secretaria había interrumpido su lectura cuando él apareció en la escalera y que esperaba retomarlo después.

—Volverá el miércoles. ¿Quiere que le deje algún recado?

—No —respondió aturdido Eduardo, que aún se estaba recobrando de su recién estrenada unción en aquel templo—. Deseo hablar en persona con él. Buenos días.

—Como quiera. Buenos días. —Y cerró la conversación con una sonrisa que lo iluminaba todo.

Al dirigirse hacia el ascensor, Eduardo se giró un momento. Pero no. La mesa estaba protegida por una plancha que evitaba ver las piernas de quien tan hermosamente la ocupaba. Lástima. La secretaria retomaba el libro. Eduardo sintió una punzada en su amor propio al certificar que la chica no levantaría la cabeza de la novela para mirarlo, aunque solo fuera por mera curiosidad. Él, un simple mortal ante la indiferencia de la deidad.

Cruceiro lo vio acercarse hacia su mesa.

—Olvidé decirte que tu tío está estos días...

No pudo terminar la frase. Eduardo agarró de nuevo los anuncios clasificados sin decir esta boca es mía y se dirigió hacia su mesa, donde halló más papeles. Sonrió. Era el nuevo artículo de Camacho. Se tarda una hora para que una mujer decida si quiere o no salir con un hombre; un hombre, en cambio, tardará una media de 15 minutos. El miércoles es el mejor día para una primera cita. Los estudios muestran que las mujeres se sienten atraídas por los hombres que visten de azul. Los hombres que padecen hipopituitarismo nunca se enamoran.

Eduardo corrige en rojo la columna de Paulino. Un hombre puede tardar en enamorarse de una mujer un solo minuto. Luego suscribe: efectivamente, el miércoles puede ser el mejor día para una primera cita, ¿por qué no? Más tarde se mira la camisa azul y tacha: nada hace pensar que vestir de azul ayude a atraer a una mujer.

Y sí —pensó—: mis glándulas pituitarias están de puta madre.